BLOC DE NOTAS

Testimonio final

Diana Athill, editora y confidente de algunos de los más renombrados autores del pasado siglo, supo contar la vejez cuando aún no estaban de moda ciertas memorias crepusculares

Luis M. Alonso

Diana Athill (Londres,1917-2019) fue escritora, editora, confidente y testigo de algunos de los nombres fundamentales de la literatura del siglo XX. Durante buena parte de su vida permaneció en un discreto segundo plano, ocupada en descubrir libros, corregir manuscritos, acompañar a sus autores y hacer posible que otros alcanzaran una notoriedad que a ella, por razones que tienen mucho que ver con las injusticias del oficio editorial, le llegó más tarde y en menor medida de la que merecía.

Su nombre está asociado a André Deutsch, la editorial londinense en la que trabajó durante décadas y desde la que contribuyó decisivamente a construir un catálogo importante. Por sus manos pasaron escritores como **V. S. Naipaul** y **Jean Rhys**, dos personalidades literarias muy distintas aunque unidas por una cierta condición extranjera y de desarraigo. Athill sabía reconocer la singularidad de una voz y, sobre todo, tenía la paciencia necesaria para acompañarla. Entregó a la editorial buena parte de su inteligencia, de su tiempo y de su talento, sin recibir nunca una compensación económica proporcional a su contribución. La historia editorial está llena de estos trabajadores invisibles que hacen posible el prestigio de una casa mientras otros administran sus beneficios. Ella, dueña de cierto desapego al dinero, supo contarlo sin convertir el resentimiento en una forma de literatura.

Athill tardó en convertirse en protagonista de su propia obra. Cuando publicó «Stet», en el año 2000, ofreció una de las mejores memorias que se hayan escrito sobre el mundo de la edición. El título, tomado de la indicación latina que se utiliza en las pruebas de imprenta para ordenar que algo permanezca tal como está, contenía ya una declaración de principios. «Stet. An Editor's Life» es un libro sobre la literatura, pero también sobre el trabajo, las relaciones de poder, las pequeñas vanidades del mundillo y la intimidad que se establece entre quien escribe y quien tiene la responsabilidad de guiar el manuscrito hasta su publicación. En él no idealiza el oficio. Refleja sus entusiasmos, sus decepciones y la convivencia con escritores que podían ser tan fascinantes en sus páginas como complicados en sus vidas. Especialmente reveladoras son las páginas dedicadas a Jean Rhys, con quien mantuvo una relación de amistad y complicidad que fue mucho más allá de la estrictamente profesional. Rhys era una mujer de temperamento difícil, marcada por la inseguridad, las dificultades económicas y una larga sensación de fracaso. La recuperación de su obra y la publicación de «El ancho mar de los Sargazos» (1966), que la devolvió al primer plano de la literatura, forman parte de una historia en la que Athill desempeñó un papel fundamental.



Diana Athill. | Mark Crick / Asteroide

Pero si «Stet» era el libro de una mujer que repasaba su vida profesional, «Ahora que se acerca el final», publicado por primera vez en 2008 y que ahora cuenta con traducción española, es el de alguien que, cumplidos los noventa años, decide mirar de frente el tiempo que le queda. Athill escribe desde una libertad nueva, una vez que las obligaciones laborales, las ambiciones y buena parte de las convenciones sociales han dejado de reclamar atención. No necesita demostrar nada ni justificar su trayectoria. Tampoco parece interesada en ofrecer una imagen edificante de la ancianidad. Lo que le importa es observar qué sucede cuando el cuerpo empieza a imponer sus condiciones, la independencia se reduce, los amigos desaparecen y la muerte deja de ser una abstracción para convertirse en una posibilidad cotidiana. Lo extraordinario del libro reside en la naturalidad con que aborda asuntos que la literatura contemporánea ha convertido después en territorios de exploración habitual: el declive físico, la pérdida de facultades, la soledad, la dependencia y la conciencia del final.

A comienzos de este siglo, al contrario que ahora, no abundaban las memorias que se adentraran en semejante materia con tanta franqueza. Hay algo particularmente moderno en esa manera de envejecer literariamente. Athill no convierte la edad en un rango ni pretende que los años otorguen automáticamente sabiduría. Reconoce las incomodidades, las limitaciones y hasta los aspectos ridículos de la vejez. Tampoco renuncia al placer, a la inteligencia ni a la observación del mundo. Su escritura conserva una ligereza admirable, como si la cercanía de la muerte hubiese eliminado de una vez las preocupaciones accesorias y dejado únicamente aquello que merece la pena contar. Diana Athill murió en 2019, a los 101 años.



Ahora que se acerca el final
Diana Athill
Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide, 184 páginas, 19,95 euros

La vida está en otra parte

Mariana Sández reflexiona en «Falso nocturno» sobre los autorretratos que nos imponemos y las falsas identidades con las que nos desdibujamos

